

# *La modernidad deformada. El imaginario de bajos fondos en el proceso de modernización de Madrid (1860-1930)\**

*Fernando Vicente Albarrán*

Institut d'Études Politiques (IEP) de Lyon

*Resumen:* El surgimiento de un nuevo imaginario de bajos fondos fue uno de los elementos consustanciales del proceso de modernización experimentado por Madrid desde la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de una construcción cultural que respondía a la necesidad de definir las realidades de la marginalidad que habían aparecido con la industrialización y la sociedad liberal. El trabajo con diferentes fuentes documentales permite un análisis de los diferentes elementos de incriminación que configuraron ese moderno imaginario.

*Palabras clave:* Madrid, Ensanche Sur, barrios bajos, incriminación, delito.

*Abstract:* The appearance of a new imaginary of underworld was one of the inherent elements of the modern urban society, experienced by Madrid since the second part of nineteenth century. It was a cultural construction, that responded to the urge to define the marginal realities that appeared with industrialization and liberal society. The research of different documentary sources allows an analysis of the different elements of incrimination that shaped to that imaginary.

*Keywords:* Madrid, urban expansion, underworld, incrimination, wrongdoing.

---

\* Este texto se ha realizado como miembro del Grupo de Investigación UCM «Historia de Madrid en la edad contemporánea» (ref. 941149).

## Introducción

Madrid es uno de los principales ámbitos espaciales para estudiar la evolución de la sociedad española durante la contemporaneidad. Capital política y primera aglomeración humana del país, se erige en escenario privilegiado para analizar la irrupción de los cambios asociados a la modernidad y a la industrialización, en la línea de las principales urbes occidentales<sup>1</sup>. Los procesos industrializadores experimentados por la Europa occidental y Estados Unidos durante el siglo XIX dispararon los movimientos migratorios hacia las ciudades y el modo de vida urbano comenzó a expandirse, hasta llegar a ser dominante en el siglo XX. España, a un nivel más modesto, también participó de ese proceso de urbanización y Madrid, en particular, protagonizó durante la etapa de la Restauración una profunda modernización en su naturaleza urbana, tanto en las estructuras logísticas y económicas de la ciudad como en la composición, articulación y funcionamiento de los grupos sociales que formaban parte de ella<sup>2</sup>.

Las grandes urbes funcionaron como laboratorios para la modernidad donde se ponían a prueba los retos y oportunidades de los nuevos tiempos, pero también las contradicciones, las tensiones y las resistencias asociadas a ellos<sup>3</sup>. Un proceso de transformación que no adoptó una dirección uniforme, sino todo lo contrario, fue un proceso de varias velocidades y grados de profundidad, con repentinos saltos adelante y reminiscencias del pasado, con una lenta modificación en los hábitos de vida y en los comportamientos sociales, con la adopción de nuevos sistemas de valores o nuevas formas de representación social en oposición a las antiguas.

La ciudad se convirtió en protagonista de los cambios, su espacio los escenificó y ese rol no pasó desapercibido para los observa-

---

<sup>1</sup> Andrew LEES y Lynn HOLLEN: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

<sup>2</sup> Luis E. OTERO y Rubén PALLOL: «El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931», *Historia Contemporánea*, 39 (2012), pp. 541-588.

<sup>3</sup> Marshall BERMAN: *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988, y David FRISBY: *Cityscapes of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 2001.

dores contemporáneos. Escritores, periodistas, reformadores, artistas, políticos o médicos centraron el foco de su mirada en la ciudad y en las formas de vida de sus habitantes. Descripciones, informes, proyectos, memorias y creaciones artísticas que hoy se han convertido en valiosa fuente documental para la reconstrucción histórica. A mediados del siglo XIX, Madrid fue retratada como una pequeña y sucia urbe cortesana, cochambrosa, estrecha y oscura, que se perdía ensimismada en su laberinto de callejuelas y minúsculas plazuelas. Era la cruda imagen de un modelo de ciudad propio del Antiguo Régimen, caduco y agonizante ante las transformaciones que imponía la nueva sociedad liberal<sup>4</sup>. Por el contrario, hacia 1930 varias publicaciones en boga, como *Blanco y Negro* o *Nuevo Mundo*, difundían la imagen del *Madrid Cosmópolis* en reportajes que celebraban los remozados perfiles de la ciudad y las líneas *neoyorkinas* de los nuevos edificios y avenidas. Incluso *The Times*, cabecera periodística de resonancias planetarias, se hizo eco del cambio de piel y presentaba Madrid a los ojos del mundo como el sueño de la modernidad hecho ciudad<sup>5</sup>.

Fue una metamorfosis incompleta que se dilató durante varias décadas, sustentada por el crecimiento demográfico y la ampliación del espacio urbano. Las murallas del Medioevo fueron derribadas y las viejas estructuras del Antiguo Régimen se resquebrajaron hasta sucumbir. Los regímenes liberales arrumbaron la pretérita concepción de urbe encerrada, pero dibujaron a su vez nuevas fronteras. Al cabo, Madrid fraguó en una metrópoli dividida en tres áreas: interior, ensanche y extrarradio. Cada una de ellas tuvo un desarrollo diferente y problemas específicos. El casco antiguo o interior se había convertido a mitad del siglo XIX en un espacio asfixiante e insalubre, por el hacinamiento de las viviendas y la estrechez de sus calles, y de elevados alquileres, inaccesibles para la mayoría de la población. A pesar de algunas obras notables, como la reforma de la Puerta del Sol o la apertura de la Gran Vía, a principios del si-

---

<sup>4</sup> Fernando VICENTE: *El Ensanche Sur. Arganzuela, 1860-1931. Los barrios negros*, Madrid, Catarata, 2015, y Rubén PALLOL: *El Ensanche Norte. Chamberí, 1860-1931. Un Madrid moderno*, Madrid, Catarata, 2015.

<sup>5</sup> «New Madrid. The Capital of a Dream», *The Times*, 1 de marzo de 1933. Recogido en Nuria RODRÍGUEZ: *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, CEPC, 2015.

glo xx, no contó con un planeamiento general de reforma y reordenación. La segunda de las áreas, el Ensanche, nació como un proyecto que debía solucionar el ahogo y colapso metropolitano, generado por una inmigración creciente, a través de una oferta de alojamiento barato y salubre a las familias más humildes, al tiempo que debía extender la ciudad por medio de un planeamiento urbanístico ordenado. Su desarrollo lento y problemático, unido a la intensidad de los flujos migratorios, llevó al surgimiento de la tercera de las áreas, el Extrarradio, que no contó con ningún tipo de regulación y fue el foco definitivo para la proliferación de miríadas de chabolas y viviendas insalubres.

La modificación o el incumplimiento de los planes urbanísticos aprobados, junto a la fortísima especulación en la compra-venta de los terrenos, desatada a raíz de la puesta en marcha del proyecto de Ensanche en 1860, fueron los pilares sobre los que se erigió el nuevo Madrid, que reprodujo, e incluso agravó, muchos de los males de hacinamiento e insalubridad que habían caracterizado a gran parte de su viejo casco. La expansión de la ciudad alumbró así un fenómeno nuevo: la segregación económica y social del espacio y de los grupos sociales a mayor escala.

Frente a una concepción tradicional de Madrid como ciudad anclada en la inmovilidad casticista, la capital española experimentó esa novedosa segregación que los procesos de industrialización y modernización de la sociedad alumbraron en las grandes urbes occidentales. Es decir, Madrid actuó como una «ciudad moderna» inserta plenamente en los procesos de cambio social de la época. Este proceso se inició sólo cuando la ciudad comenzó a expandirse a través del Ensanche, incapaz como proyecto de crear un Madrid más saludable y económico para la mayoría de las familias, pero eficaz como trampolín de los cambios asociados a la modernización.

En 1860, el Ensanche fue aprobado y comenzó una lenta metamorfosis de la ciudad a partir de una característica fundamental: la desigualdad entre las nuevas zonas y la progresiva identificación de las personas con los barrios donde residían<sup>6</sup>. Estos nuevos barrios se convirtieron en escenarios donde se expresaron las transformaciones de la sociedad urbana contemporánea y, entre ellos, sobresa-

---

<sup>6</sup> Borja CARBALLO, Rubén PALLOL y Fernando VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Editorial Complutense, 2008.

lió el Ensanche Sur debido al rol que desempeñó tanto en la economía de la ciudad, en su función de asiento industrial y ferroviario, como en la configuración de un moderno imaginario de bajos fondos a partir de elementos característicos del concepto *underworld* desarrollado en las grandes capitales europeas<sup>7</sup>.

En este sentido, este trabajo analiza los principales dispositivos de incriminación que afectaron al Ensanche Sur madrileño y su población y, como consecuencia de ello, la cristalización de un imaginario de bajos fondos asociados a la modernidad, en la línea de las construcciones culturales surgidas en las metrópolis de referencia del mundo occidental. Aunque el concepto de «bajos fondos» no recibió una definición oficial o precisa, sí puede afirmarse que se convirtió en un elemento determinante de lo que podía suponer una gran ciudad en torno a 1900, como lo eran Londres, París, Nueva York, Berlín, Viena o Praga, referentes de primer orden en relación con la marginalidad, tanto por sus extensas barriadas obreras y de clases bajas como por los imaginarios culturales generados en torno a esas realidades. El concepto de «bajos fondos» fusionó la dimensión espacial y la dimensión social para definir y retratar la marginalidad, al tiempo que se erigía en una especie de espejo que reflejaba una imagen, quizá deformada, de la sociedad en su conjunto.

## El otro espacio: ciudad rota, enferma y delictiva

La segregación social del espacio apareció con la ampliación de las ciudades y el desarrollo de los transportes metropolitanos. El espacio se convirtió tanto en una expresión de la nueva estructura económica urbana (la especialización funcional de los barrios)<sup>8</sup>, como en la expresión de unas relaciones sociales mucho más complejas. Las diferencias cada vez mayores en los niveles de renta de los alquileres de las viviendas fueron dibujando en el suelo madri-

---

<sup>7</sup> Fernando VICENTE: «Barrios negros, barrios pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930)», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 12 (2014), <http://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/article/view/1875/884>.

<sup>8</sup> Ruth McMANUS y Philip ETHINGTON: «Suburbs in transition: new approaches to suburban history», *Urban History*, 34 (2007), pp. 317-337.

leño un novedoso mapa de la riqueza y de la pobreza, un mosaico de barrios ricos separados de los barrios más pobres, debido, entre otros factores, a la combinación de los usos previos que tenían los terrenos (los cuales dependían de su calidad física), a la estricta aplicación de la legislación urbanística del Ensanche<sup>9</sup> y al libre funcionamiento del mercado inmobiliario. De esa forma, unas zonas de la ciudad fueron privilegiadas en la dotación de servicios públicos (alumbrado, alcantarillado, pavimento de las calles, etc.) a la par que otras áreas eran abandonadas o relegadas.

Esta desigualdad se agravó con el paso de los años y a diferentes velocidades. En el centro de la ciudad era perceptible una mayor continuidad de rasgos antiguos en la organización social del espacio, con calles ricas y pobres próximas entre sí. En otras zonas de la ciudad, como en los suburbios del extrarradio, la segregación fue fulgurante y directa. En Tetuán, Prosperidad o Vallecas, se levantaban barriadas de clases bajas y marginales, carentes de todo tipo de servicios urbanos y con un crecimiento socialmente homogéneo<sup>10</sup>. El Ensanche representaba un eslabón intermedio en el proceso de segregación general de Madrid. Había una tendencia clara a que los ricos vivieran con otros ricos en las mejores calles, mientras que los pobres eran apartados a los rincones más degradados y con peores servicios, aunque esos mismos barrios no eran completamente homogéneos.

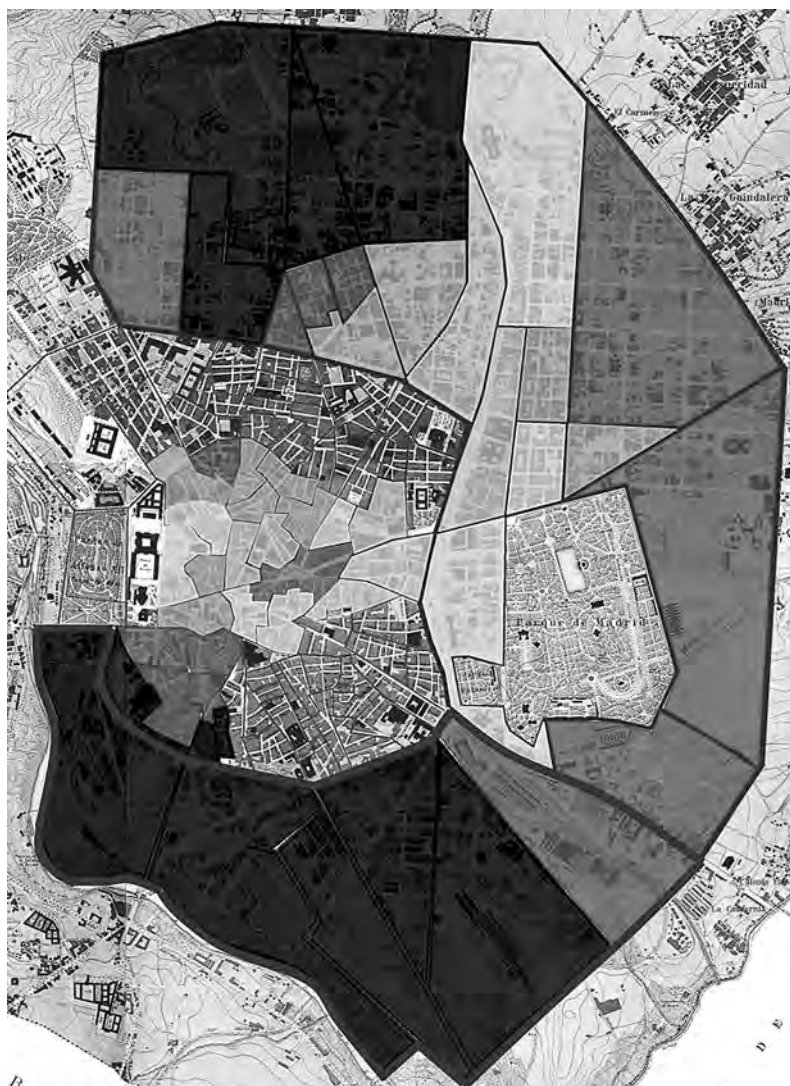
Este proceso de segregación hizo del espacio y de la descripción de las condiciones del terreno y de las viviendas, el primer escalón en la cadena de dispositivos de incriminación. La zona sur del Ensanche contó de partida con una situación de desventaja respecto al resto, dado el desnivel de los terrenos en su descenso hacia el río, los barrancos y las escorrentías de aguas residuales. Un panorama agravado por las dinámicas de segregación urbanística que lo convirtió, en torno a 1900, en una de las zonas más pobres de la ciudad, con la mayoría de sus calles en pésimas condiciones, sin los servicios públicos más elementales y con viviendas bajas, insalubres y de mala calidad.

---

<sup>9</sup> La ley establecía que los ingresos generados por cada zona de Ensanche sólo podían invertirse en esa misma zona de Ensanche, sin posibilidad legal de efectuar una política redistributiva de recursos.

<sup>10</sup> Charlotte VORMS: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, París, Créaphis Éditions, 2012.

PLANO 1  
*Alquileres de Madrid (1905)*



*Niveles de alquiler de las viviendas (pesetas/mes)*

<i>Muy alto</i>	<i>Alto</i>	<i>Medio alto</i>	<i>Medio</i>	<i>Medio bajo</i>	<i>Bajo</i>	<i>Muy bajo</i>
>304	202-304	152-202	101-152	51-100	20-50	<20

*Fuente:* Elaboración propia a partir del plano de Núñez Granés (1910) y de los Padrones Municipales (PM) de 1905. El Ensanche Sur está remarcado por una línea más gruesa. Los datos de las zonas norte, este y centro de la ciudad corresponden a Rubén Pallol, Borja Carballo, Santiago de Miguel y Luis Díaz. Escala del plano: 1:10.000.

De esta guisa, el Ensanche Sur es descrito en primer lugar como espacio de degradación y miseria urbanística. El mal aspecto que presentaban sus terrenos, público y notorio desde el principio, fue difundido reiteradamente por los medios escritos. En 1860 se afirmaba que «los alrededores de la estación del ferrocarril presentan un aspecto digno de la más abandonada y miserable aldea. Aquel inmenso y sucio barranco, coronado de casuchas ruinosas, debería desaparecer»<sup>11</sup>. En 1885, el periodista Julio Vargas, en su retrato de la ciudad durante una epidemia de cólera, definía a las casas del barrio de las Peñuelas, en pleno corazón del Ensanche Sur, como «antiguas, mejor dicho, viejas, mezquinas y hasta miserables muchas de ellas»<sup>12</sup>. Una situación y unas descripciones que empeoraron a medida que el proceso de segregación del espacio siguió su curso. Hacia 1900, el doctor Philip Hauser realizó un exhaustivo estudio sobre las condiciones de vida y salubridad de la ciudad madrileña y constataba, entre otras carencias graves, la falta de alcantarillas en buena parte del callejero de la capital, entre el que se distingue «el barrio de las Peñuelas, donde los pozos de inmundicia están constantemente rebasando: allí se ve muy a menudo correr verdaderos arroyos de agua inmundicia por las calles»<sup>13</sup>.

De la descripción física del espacio y sus malas condiciones para la vida, se transitó a su consideración como muestra de una realidad alternativa y opuesta en negativo a la que debía ser propia de una *civilización avanzada*. La literatura fue, en este sentido, uno de

<sup>11</sup> *La Discusión*, 26 de abril de 1860.

<sup>12</sup> Julio VARGAS: *Madrid ante el cólera*, Madrid, El Liberal, 1885.

<sup>13</sup> Philip HAUSER: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, vol. 1, Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1902, pp. 209-238.



los medios más prolíficos a la hora de recrear una realidad que deformaba el concepto de modernización: «Isidora hizo rápido examen del lugar en que se encontraba. Al ver las miserables tiendas, las fachadas mezquinas y desconchadas, los letreros innobles, los rótulos de torcidas letras, [...] creyó por un momento que estaba en la caricatura de una ciudad hecha de cartón podrido. Aquello era una piltrafa de capital, cortada y arrojada por vía de limpieza para que no corrompiera el centro»<sup>14</sup>.

Lugares pobres y degradados en un primer plano; lugares de enfermedad y muerte en un segundo nivel. El hacinamiento en las habitaciones, las pésimas condiciones higiénicas de las viviendas o la falta de saneamiento y acondicionamiento de las calles, unidas a la precariedad del sistema médico-asistencial madrileño durante toda la Restauración, derivaron en periódicas crisis de mortalidad por epidemias que golpeaban a los barrios más pobres con mayor fuerza e insistencia que a los barrios mejor acondicionados<sup>15</sup>. En todas esas campañas, esta zona fue señalada como uno de los principales focos del cual brotaban las peligrosas enfermedades que atacaban a la sociedad<sup>16</sup>. Por ejemplo, en la epidemia de cólera de 1885 se destacaba a unos edificios del Ensanche Sur, «conocidos como “Las Casas Negras”, que forman una especie de aduar infeccioso donde se reúnen a veces cerca de 100 individuos»<sup>17</sup>. Las epidemias llegaron a provocar tumultos populares y provocaban el pánico entre las familias de las clases altas, que huían temporalmente de la ciudad para ponerse a buen recaudo. En esas crisis se culpaba al espacio «infeccioso» y a la población que albergaba («el Gobierno no ha de hacerlo todo. Los vecinos debían haber practicado las diligencias oportunas para acabar con los focos infecciosos de sus calles respectivas»)<sup>18</sup>, cuando en realidad las enfermedades revelaban la incapacidad general del sistema de asistencia liberal y

---

<sup>14</sup> Benito PÉREZ GALDÓS: *La desheredada*, Madrid, 1881.

<sup>15</sup> Antonio FERNÁNDEZ: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Barcelona, Vicens Vives, 1985.

<sup>16</sup> Fernando VICENTE: «Pauperismo, pobres y asistencia domiciliaria en el Ensanche Sur de Madrid (1878-1910)», en Guadalupe GÓMEZ-FERRER y Raquel SÁNCHEZ (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

<sup>17</sup> *La Correspondencia de España*, 12 de junio de 1885.

<sup>18</sup> *La Época*, 27 de julio de 1885.

las profundas desigualdades sociales existentes a la hora de combatir los sucesivos episodios de mortalidad catastrófica.

Espacio roto y miserable por el estado de sus casas y calles, por un lado, y espacio insano como fuente de enfermedades infecciosas, por otro; pero también espacio peligroso como hogar del delito y del crimen. Junto a las noticias relacionadas con las epidemias, las calles del Ensanche Sur fueron foco de atención de la prensa siempre que se producía en ellas cualquier tipo de acto delictivo, sobre todo cuando se trataba de peleas, trifulcas y asesinatos. En los artículos se hacía constar de forma reiterada la localización del delito, como si fuera imperativo prevenir a los lectores frente a aquella zona: «En las Peñuelas hasta en medio del día se han cometido robos», clamaba un diario en 1864<sup>19</sup>. Incluso se recurría al tono sensacionalista y se hablaba del «horrible crimen de la calle Ercilla» o del «horror del paseo de las Acacias, en el barrio de las Peñuelas, donde se ha hallado el cadáver de una niña de 11 años, desnuda enteramente, tapada la boca con un hueso grande y con todas las señales de haberse atentado contra su honor»<sup>20</sup>. Se presentaba a estos barrios como la reencarnación del mal<sup>21</sup>, el lugar del crimen depravado y de la fechoría diaria. Un lugar amenazante y peligroso, dibujado en términos de oscuridad, donde la palabra «negro» era la más usada para recrear su atmósfera: «La ronda estaba silenciosa, con un reguero negro en medio, dejado por los carros. Todo se destacaba más negro y en el ambiente blanquecino, el humo negro espirado por las chimeneas de las fábricas se extendía por el aire como una amenaza»<sup>22</sup>.

Este tenebroso retrato se extendió a lo largo del primer tercio del siglo XX, cuando este espacio conoció una profunda renovación y mejora tanto en su callejero como en el tipo de viviendas que poblaban sus barrios, con la desaparición de las chabolas y las viviendas bajas de peor calidad, sustituidas por edificios de vivien-

---

<sup>19</sup> *El Clamor público*, 29 de julio de 1864.

<sup>20</sup> *La Época*, 4 de octubre de 1865.

<sup>21</sup> El nacimiento del asesinato como fenómeno de masas y la identificación de un espacio urbano con el crimen en el Londres victoriano, en Judith FLANDERS: *The invention of murder: How the Victorians revelled in death and detection and created modern crime*, Londres, Harper Collins, 2011.

<sup>22</sup> Pío BAROJA: *La lucha por la vida I. La busca*, Madrid, 1904.

das de varias plantas bien acondicionados y la instalación de alcantarillado y adoquinado en las calles. El tajo de modernidad que se abrió con la Gran Vía en el centro tuvo reverberaciones en el resto de la ciudad, que se remozó hasta ofrecer un nuevo mapa de alquileres a la altura de 1930, con una revalorización general tanto del interior como del Ensanche. Si sólo se tuvieran en cuenta estas dos áreas de la ciudad, los barrios del Ensanche Sur continuarían estando en la base de la pirámide de alquileres. Sin embargo, ya no eran los barrios más pobres de la ciudad, los barrios negros de las casas del mal vivir, de la miseria de piojos y enfermedades, de los pozos negros y las cloacas inmundas. Para entonces las nuevas afueras del Exrarradio habían recogido ese testigo, con sus casas achatadas y polvorientas, aglutinadas alocadamente a lo largo de caminos que se perdían entre páramos yermos y montañas pesetilentas de escombros y ruinas.

El remozamiento del espacio no detuvo el proceso de configuración de los modernos bajos fondos madrileños. En numerosos artículos y reportajes publicados en la década de 1920, el espacio continuó siendo un elemento indiscutible de incriminación del Ensanche Sur, definido como un lugar peligroso y apartado de la civilización. Eran reportajes escritos por periodistas sobre el terreno, que presentaban sus trabajos como una investigación para descubrir otros espacios. Los periodistas relataban sus preparativos («cerca de veinte minutos empleamos Domingo y yo en pasar revista a los autos que circulaban por la Gran Vía, hasta requisar uno que reuniera las condiciones necesarias para llevar a cabo una larga y posiblemente accidentada expedición»)<sup>23</sup> para aventurarse por un terreno que se consideraba como «no urbano» y que iba más allá de los límites «civilizados». Por ejemplo, la calle del Ferrocarril, por la cual discurría la vía de circunvalación del ferrocarril, fue una frontera física que dividió en dos al Ensanche Sur. De acuerdo con estos relatos, franquear este *limes* era adentrarse en un Madrid desconocido para buena parte de la sociedad, convertido en un Madrid pintoresco en estos relatos. Eran zonas muy alejadas respecto al centro «civilizado», a las que se llegaba después de sortear fuertes desniveles del terreno, que invitaban a pensar no sólo en un descenso

---

<sup>23</sup> Luis Blanco Soria en *La Voz*, 9 de mayo 1927.



## Niveles de alquiler de las viviendas (pesetas/mes)

Muy alto	Alto	Medio alto	Medio	Medio bajo	Bajo	Muy bajo
>511	341-511	256-340	171-255	86-170	34-85	<33

Fuente: Elaboración propia a partir del plano de *Guías Rápido* (1935) y de los PM de 1930. Las categorías son las mismas que en el plano de 1905 tras aplicar el factor inflación.

físico a los barrios próximos al río, sino también en una especie de descenso a los infiernos, al submundo más negro de la pobreza y de la marginalidad.

El Ensanche Sur reproduce en este punto uno de los elementos característicos del moderno imaginario de bajos fondos desarrollado por Londres y París durante el siglo XIX<sup>24</sup>, como era la confluencia de varios significados en el concepto *barrios bajos*: físico, en el sentido de descenso a las partes bajas, alejadas o al sur de la ciudad, y social, en el sentido de las zonas donde residía un gran número de familias pobres o de baja condición social.

Algunos de los entrevistados por esos reporteros parecían pensar y actuar igualmente con un sentido de la territorialidad entre espacios diferenciados. «Me quedo aquí, porque en este sitio acaba mi jurisdicción; de ahí “pa’llá” empieza la de los otros, la de los “picos” (Guardia Civil)»<sup>25</sup>. En estos casos los sentimientos de inseguridad y temor asociados al espacio se invertían y se convertían en lugares seguros u hogareños para todos aquellos que se sentían o eran vistos como marginales sociales: «Toda aquella tierra negra daba a Manuel una impresión de fealdad, pero al mismo tiempo de algo tranquilizador, abrigado; le parecía un medio propio para él. Aquella tierra árida y negra, formada por el aluvión diario de los vertederos, constituida por detritus de la civilización, le parecía

<sup>24</sup> Dominique KALIFA: «Crime scenes: Criminal topography and social imaginary in Nineteenth-Century Paris», *French, Historical Studies*, 27 (2004), pp. 175-194, y Linda NEAD: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Londres, Yale University Press, 2000.

<sup>25</sup> Conversación de un reportero en la Ronda de Toledo (zona limítrofe entre casco antiguo y Ensanche Sur) con un antiguo miembro de la *Banda Negra*, banda delictiva dedicada al robo de carbón. *La Voz*, 1930.

a Manuel un lugar a propósito para él, residuo también desechado de la vida urbana»<sup>26</sup>.

La ciudad era percibida como un laberinto de fronteras interiores que condicionaban el comportamiento o la movilidad de las personas. El espacio cobraba de esa forma un activo papel en la estimulación de nuevas formas de representación de las clases sociales y en la creación de nuevas identidades<sup>27</sup>.

### Las otras personas: gente de mala vida

Personas y espacio, por un lado; percepción y realidad, por otro. El proceso de segregación e incriminación del espacio se hizo extensible desde primera hora a las personas que habitaban esos espacios. Un proceso que requiere, sin embargo, un doble nivel de análisis: por una parte, conocer quiénes residían en esos espacios; por otra, contrastar las imágenes y relatos producidos a partir de esa realidad y proyectados sobre ella, una construcción artificial a partir de las noticias, reportajes, novelas, canciones y demás productos culturales contemporáneos a los hechos, que emitieron juicios y difundieron recreaciones sobre los barrios, sobre el tipo de gente que los habitaba, sus condiciones de vida y su modelo de comportamiento.

La imagen se convirtió en un poderoso factor en el desarrollo social y material de la vida urbana. «Ser de un barrio» conllevaba una reputación, infundía ideas que podían ser positivas o negativas desde la perspectiva de la civilización<sup>28</sup>. El espacio va a erigirse como un dispositivo de discriminación social indudable para las personas. De manera paulatina, las personas fueron señaladas y clasificadas socialmente en función de la calle o el barrio donde habitaran. Uno de los primeros retratos que se hicieron sobre los habitantes del Ensanche Sur fue un reportaje titulado «Los hampones

---

<sup>26</sup> Pío BAROJA: *La lucha por la vida I. La busca...*

<sup>27</sup> Richard DENNIS: *Cities in Modernity. Representations and productions of metropolitan space (1840-1930)*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2008.

<sup>28</sup> Peter MANDLER: «“Race” and “nation” in mid-Victorian thought», en Stefan COLLINI, Richard WHATMORE y Brian YOUNG (eds.): *History, religion and culture: British intellectual history, 1750-1950*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 224-244.

de Madrid», en el cual se daba cuenta de una serie de «casas construidas a la malicia, de aspecto repugnante, en un pantano fétido habitado únicamente por reptiles o por moros desarrapados y salvajes. [...] En estas casas y posadas nocturnas los huéspedes habituales son mendigos, tiradoras, randas y gitanos»<sup>29</sup>.

El impacto negativo que tenían este tipo de noticias no se escapaba a los propios vecinos del Ensanche Sur. En la década de 1850 surgió una movilización a escala de barrio para luchar contra la deriva de la segregación espacial que comenzaba a experimentar la ciudad y sus consecuencias más nocivas. Eran grupos de personas que realizaban demandas de servicios públicos al Ayuntamiento, elevaban protestas contra el abandono que sufrían y trataban de ganar para su causa a políticos y personas influyentes. Vecinos y propietarios que no querían ser vistos como *moros desarrapados y salvajes* porque directamente no lo eran. Algunos de los líderes vecinales que encabezaron este movimiento de protesta fueron Camilo Laorga, fabricante de mesas de billar que presumía de modestos contactos con la Corte; Rafael Carnicero, farmacéutico; Isidro Lerena, arquitecto municipal que había diseñado un gran número de las casas de la zona, o Juan Bou, industrial de la fundición. Una clase media modesta que se puso al frente del vecindario para reivindicar una mejora de las calles de sus barrios y una dotación de servicios públicos que les igualara con el resto de la ciudad. Pero en la base de sus reivindicaciones también subyacía una preocupación por la pésima imagen que ofrecían *de cara al exterior*, la cual perjudicaba a sus intereses o industrias. En 1872, los vecinos de la calle de El Sur, junto a la actual estación de Atocha, reclamaron al Ayuntamiento mejoras que fueron justificadas en razón a la imagen pública que debía ofrecer la capital en todos sus rincones: «Las estaciones de los ferrocarriles son verdaderos puertos para las poblaciones del interior y, a fin de que los viajeros formen ventajosa idea de la población, no se corresponde el aspecto asqueroso y repugnante que presenta el de Madrid»<sup>30</sup>. La desaparición de este movimiento vecinal a finales del siglo XIX<sup>31</sup> era síntoma elocuente de un proceso general que afectaba al conjunto de la sociedad madrileña.

---

<sup>29</sup> *La Iberia*, 26 de abril de 1860.

<sup>30</sup> Archivo Villa de Madrid (AVM), Secretaría, 5-68-46.

<sup>31</sup> A tenor de la documentación conservada, tuvo cierta fuerza entre 1860 y 1880.

La legislación urbanística y financiera que condicionaba el desarrollo de las nuevas zonas por donde se expandía la ciudad provocó que las brechas iniciales resultaran insalvables al inicio del siglo xx. Un proceso de segregación avanzado que condicionaba de manera decisiva la composición socio-profesional de los diferentes barrios madrileños. El desigual desarrollo urbanístico impulsaba a todo aquel que tuviera dinero suficiente a escoger las mejores zonas para vivir, mientras que el resto se conformaba con los peores cuartos en un barrio caro o se veía abocado a buscar alojamiento en las calles más degradadas. El resultado era un mapa de los oficios de la ciudad con enormes diferencias entre unos lugares y otros. Hacia 1900, la zona del Ensanche Sur era identificada claramente como los barrios de los jornaleros y de los obreros, mientras que los grupos que podrían representar a las clases medias y altas (empleados, ingenieros, propietarios, aristócratas) eran muy reducidos.

CUADRO 1  
*Diferencias en el espacio. Evolución de los alquileres  
(en porcentaje)*

<i>Zonas del Ensanche</i>	1860	<i>Diferencia</i>	1905	<i>Diferencia</i>
Sur	12,33	—	16,26	—
Norte	14,73	+19,5	37,00	+127,6
Este	46,97	+280,9	84,40	+419,1

*Fuente:* Archivo de Villa de Madrid (AVM), PM de 1860 y 1905. Los alquileres son mensuales y en pesetas.

CUADRO 2  
*Diferencias en el espacio. Estructura profesional (1905)*

<i>Principales grupos profesionales</i>	<i>Ensanche Sur</i>	<i>Ensanche Este</i>	<i>Ensanche Norte</i>	<i>Centro</i>
Profesionales y técnicos	1,1	1,1	5,4	9,8
Empleados	3,5	11,4	8,8	10,1
Ventas	4,8	8,7	7,5	16,9
Servicios	5,3	19,8	10,9	15,7
Producción y transporte	84,3	45,6	65,8	44,4

*Fuente:* AVM, PM de 1905. Muestra de población: varones mayores de catorce años. Los datos son porcentuales sobre el total de hombres que declaran un trabajo.



Esa agudización en la segregación y distanciamiento de los grupos profesionales fue novelada por algunas de las plumas más egregias de la literatura castellana. En 1904, Baroja trazaba uno de los retratos más célebres de la sociedad madrileña en su obra *La lucha por la vida*, cuyos dos primeros tomos tienen como grandes protagonistas, precisamente, a personas del Ensanche Sur como los ejemplos más acabados de las clases bajas y marginales madrileñas: «el barrio de las Injurias (una parte del Ensanche Sur) se despoblaba; iban saliendo sus habitantes hacia Madrid, a la busca. Era gente astrosa: algunos, traperos; otros, mendigos; otros, muertos de hambre; casi todos de facha repulsiva. Era una basura humana, envuelta en guñapos, entumecida por el frío y la humedad, la que vomitaba aquel barrio infecto. Eran la herpe, la lacra, el color amarillo de la terciaria, el párpado retraído, todos los estigmas de la enfermedad y la miseria»<sup>32</sup>.

Era un retrato desde la ficción del concepto de «mala vida» y gentes «del mal vivir», sobre el cual la criminología y la psiquiatría venían teorizando desde finales del siglo XIX en países como Italia, Argentina o España<sup>33</sup>. De hecho, sería en la primera década del nuevo siglo cuando aparecieron numerosas obras que intentaban definir, aprehender y dotar de bases científicas a ese miedo abstracto y genérico que despertaban las nuevas formas de miseria y delincuencia urbanas, vinculadas a las transformaciones sociales y económicas producidas por los efectos de la industrialización y la sociedad liberal<sup>34</sup>. Definir para identificar; identificar para controlar a esos grupos y estratos de la población considerados como peligrosos: los golfos, las prostitutas, los gitanos, los mendigos, los vagabundos, los timadores o los salteadores eran las máscaras de los miedos finiseculares que la modernidad despertaba entre las elites sociales<sup>35</sup>. Se trataba de identificar a los personajes caracte-

---

<sup>32</sup> Pío BAROJA: *La lucha por la vida I. La busca...*

<sup>33</sup> Ricardo CAMPOS: «La clasificación de lo difuso: el concepto de “mala vida” en la literatura criminológica de cambio de siglo», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 10 (2009), pp. 399-422.

<sup>34</sup> Constanancio BERNALDO DE QUIRÓS y José María LLANAS AGUILANIEDO: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotograbados del natural*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1901.

<sup>35</sup> Dominique KALIFA: *Les bas-fonds. Histoire d'un imaginaire*, París, Editions du Seuil, 2013.

rísticos de la marginalidad, dotar de rostro a la etérea e inasible idea de los bajos fondos.

Estas descripciones tuvieron éxito a la hora de asignar a toda la población del Ensanche Sur su condición de marginalidad, a costa de dar un burdo y grueso brochazo sobre la intrínseca complejidad de sus barrios y habitantes. Vivir en esa zona de Madrid era casi un estigma. Sin embargo, aunque los rasgos de pobreza y de vida en la frontera de la legalidad podían, sin duda, retratar a una gran parte de las personas que allí residían, subyacía una notable diversidad económica, profesional y social entre esa población, incluso en un momento de extrema segregación social del espacio como era el Madrid de 1900. Sirva como ejemplo el contraste entre las personas residentes en la zona de la glorieta de Atocha y personas de las barriadas próximas al río Manzanares, como la Casa del Cabrero, donde se constata la presencia de chabolismo e infravivienda.

CUADRO 3

*Análisis socio-profesional comparado entre dos zonas del Ensanche Sur (1905)*

<i>Cabezas de familia</i>	<i>Glorieta de Atocha</i>	<i>Casa del Cabrero</i>
Propietarios	5,0	0,0
Profesiones liberales	10,0	0,0
Militares	15,0	0,0
Empleados de servicios	30,0	0,0
Trabajador manual cualificado	0,0	1,6
Jornalero (trabajador no cualificado)	15,0	93,7
Hogares sin núcleo familiar	12,6	43,9
Hogares con relaciones informales	4,2	34,7
Hogares con servicio doméstico	20,9	0,0
Hogares encabezados por mujeres	16,6	32,6
Alquiler medio mensual (en pesetas)	50,4	7,7

*Fuente:* AVM, PM de 1905. Todos los datos son porcentuales salvo los alquileres. Muestra de población: Glorieta de Atocha, 27 hogares; Casa del Cabrero, 116 hogares.

Además, en paralelo al remozamiento del espacio, la capital experimentó una notable transformación en sus actividades econó-

micas y en sus mercados laborales durante el primer tercio del siglo XX, lo cual alteró la estructura profesional madrileña en general. La población del Ensanche Sur se hizo eco de esos cambios y modificó sustancialmente su naturaleza, con un auge de los empleados y del sector servicios, mientras que los trabajadores dedicados a las actividades de producción y transporte eran menos numerosos y más cualificados a un tiempo, es decir, disfrutaban de un nivel de vida superior porque sus condiciones de trabajo habían mejorado y porque eran trabajadores diferentes a los que engrosaban ese grupo profesional en 1905 (entre sus filas había menos jornaleros y más mecánicos y electricistas, por ejemplo).

CUADRO 4

*Diferencias en el espacio. Estructura profesional (1930)*

<i>Principales grupos profesionales</i>	<i>Ensanche Sur</i>	<i>Ensanche Este</i>	<i>Ensanche Norte</i>	<i>Centro</i>
Profesionales y técnicos	2,5	13,6	9,6	8,9
Empleados	11,9	17,7	15,5	12,9
Ventas	7,4	13,2	11,6	17,6
Servicios	10,6	16,4	13,2	14,5
Producción y transporte	66,6	36,3	47,8	44,5

*Fuente:* Criterios iguales que en el cuadro 2.

Así pues, entre 1905 y 1930, el Ensanche Sur se nutrió de un buen número de personas de las clases medias profesionales, que lo aproximaba a otras zonas de la ciudad mejor consideradas. Sin embargo, el cambio de rostro apenas alteró su máscara de negritud. Es decir, la descripción del prototipo de personas que vivían en las calles del Ensanche Sur continuó siendo utilizada como un dispositivo de incriminación contra esa zona de la ciudad. Y, si cabe, con un nivel superior de distorsión, pues ya no se trataba de una población en su mayoría jornalera y pobre, sino de grupos de una modesta clase media.

Durante la década de 1920 se publicaron varios artículos periodísticos sobre los barrios marginales de las afueras de Madrid, entre los que destacaron reportajes sobre diferentes barriadas del Ensanche Sur, como las Cambroneras, las Injurias o Casablanca, que

se hallaban en fase de desaparición. Estaban escritos por periodistas que procuraban imitar los relatos que años antes habían efectuado escritores reconocidos como Baroja, Blasco Ibáñez o Galdós. Estos reportajes se presentaban como una especie de excursión para descubrir «un Madrid que el otro Madrid, el céntrico y bien urbanizado, desconoce. Un Madrid aduárico, cabildeo, sin higiene, sin agua, con zahúrdas donde muere, más que vive, una población digna de mejor suerte»<sup>36</sup> y se elegía como protagonistas a personajes que podían simbolizar la marginalidad: traperos, mendigos, gitanos y contrabandistas. Personas que vivían al margen de la sociedad y de sus reglas de convivencia y hacían de las calles del Ensanche Sur su refugio: «Vienen de los suburbios hoscos y tristes, donde se apiñan como madrigueras sus casas de adobe y latón [...] Vienen del gran osario, hervidero de todas las miserias, que semeja el barrio de las Cambronerías»<sup>37</sup>.

En el retrato de estos personajes el espacio cobraba una importancia primordial como elemento en disputa. La ciudad era recreada como un puzle de espacios fronterizos que se asaltan, que se conquistan, que son invadidos por el otro, visto como un enemigo. Se presentaba a estas personas como un peligro invasor de la civilización («son las traperas invasoras de la ciudad. Ejército harapiento, desgredado e insomne, aves de la busca y de rapiña que se lanzan sobre la ciudad cuando aún está dormida»), tanto por sus prácticas («las traperas asaltan la urbe como un regimiento de hormigas. Sus manos sucias escarban en todos los montones de inmundicias») como por su naturaleza no humana («con instintos de hurón y mañas de urraca, la industria de la trapería nos parece un arte de brujas»). Un relato que apelaba directamente al miedo del lector: «Las traperas penetran en todas las casas con los pasos quedos de los salteadores»<sup>38</sup>.

El Ensanche Sur era retratado como el barrio de los traperos, del harapo y la basura, como también lo fue de los gitanos y contrabandistas. Sin embargo, a pesar de la imagen difundida, el traperero era una figura minoritaria y en retroceso en el Ensanche Sur. En 1930 sólo existían ocho familias de traperos en una población

---

<sup>36</sup> *La Libertad*, 1923.

<sup>37</sup> *La Voz*, 27 de agosto de 1920.

<sup>38</sup> Julián Fernández Piñero en *La Voz*, 1920.

de 80.000 personas<sup>39</sup>. Es decir, el trapero no era una figura social propia de esos barrios, aunque transitara por sus calles para recoger basuras como podía hacerlo por otras vías más céntricas o distinguidas. Pero eso no fue óbice para que la literatura de la época lo convirtiera en su personaje más representativo.

### Las otras prácticas sociales: perversión de la norma moral

El tercero de los dispositivos de incriminación a analizar está estrechamente relacionado con los dos anteriores. En un espacio retratado como pobre y peligroso, donde vivían personas que se movían por los márgenes de la sociedad y de la legalidad, no era extraño que se desarrollaran hábitos y prácticas alejados de la norma social, que se sucedieran comportamientos que iban en contra de todo aquello que se consideraba moralmente correcto o apropiado. De esa forma, se completaba el simbolismo encerrado en el concepto de barrios bajos como un descenso físico, social y moral.

Los relatos periodísticos en diarios de amplia tirada, como la *Correspondencia de España* o *El Imparcial*, y otros de sesgo más sensacionalista, como *El Clamor Público*, junto a diversas obras literarias, pusieron de relieve prácticas sociales que atentaban contra el comportamiento moral aceptado por la sociedad y que constituían pruebas inequívocas del componente pernicioso tanto del espacio, considerado vil y peligroso, como de sus gentes, vistas como las gentes del *mal vivir*.

La mayoría de los ejemplos hacían referencia a las prácticas sexuales como la prueba inequívoca para medir el grado de respeto a la moralidad establecida y, por tanto, el grado de bondad o de perversión de las personas. En el caso del Ensanche Sur, las descripciones sobre este tipo de prácticas sociales estuvieron indefectiblemente cosidas a palabras de sonoridad negativa, como *sombrio*, *repugnante*, *vicio*, *malicia*, *promiscuidad*, *adulterio*, *incesto*, etc., que ejercían una indudable fuerza de arrastre a la hora de emitir juicios respecto a la naturaleza moral de la población<sup>40</sup>: «Vamos a delinear un cuadro de

---

<sup>39</sup> AVM, PM de 1930.

<sup>40</sup> Un proceso de similares características en Heather SHORE: «Mean streets: Criminality, immorality and the street in early nineteenth-century London», en Tim

costumbres sombrío y repugnante a la vez. En estas casas los habituales huéspedes se mezclan y confunden sin distinción de sexo ni edades, improvisando sus matrimonios con las desgraciadas compañeras que les tocan en suerte, o que se encuentran a su lado»<sup>41</sup>.

Una cartografía de la moralidad que distinguía y separaba a los barrios de moralidad irreprochable, generalmente aquellos de elevados alquileres y mejores inmuebles, frente a las zonas perniciosas y de vicio rampante, generalmente los barrios más humildes y de bajo alquiler. Era la construcción elitista del desorden y del submundo delictivo, con una cultura separada y compartida por los que vivían al margen de lo legal y respetable<sup>42</sup>. Un discurso importado de otras grandes ciudades<sup>43</sup> para definir a los bajos fondos y situarlos en el espacio. Bajos fondos recreados como ambientes de confusión y hacinamiento, de perversión del modelo normativo de conducta<sup>44</sup>, basado en la sobriedad, la limpieza física o la intimidad sacralizada del hogar, entre el matrimonio y sus hijos<sup>45</sup>: «Despertó Manuel al amanecer y con aquella luz pálida el interior de la Casa Negra ofrecía un aspecto siniestro. Vivían allí clandestinamente unas familias de gitanos y unos cuantos mendigos. Dormían todos entremezclados, arremolinados en un amontonamiento de harapos y de papeles de periódicos»<sup>46</sup>.

---

HITCHCOCK y Heather SHORE: *The streets of London. From the Great Fire to the great stink*, Londres, Rivers Oram Press, 2003, pp. 151-164.

<sup>41</sup> «Los hampones de Madrid», *La Iberia*, 26 de abril de 1860.

<sup>42</sup> Heather SHORE: «“Undiscovered country”: Towards a history of the criminal underworld», *Crimes and Misdemeanours*, 1 (2007), pp. 41-68.

<sup>43</sup> Dominique KALIFA: *Crime et culture au XIXe siècle*, París, Perrin, 2005; John MARRIOTT: «Sensation of the Abyss: The urban poor and Modernity», en Mica NAVA y Alan O'SHEA (eds.): *Modern Times: Reflections on a Century of English Modernity*, Londres, Routledge, 1995, pp. 77-100; Judith ROWBOTHAM y Kim STEVENSON (eds.): *Criminal Conversations: Victorian Crimes, Social panic, and Moral outrage*, Columbus, Ohio State University Press, 2005, y Judith WALKOWITZ: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, Chicago, The University of Chicago Press, 1992.

<sup>44</sup> Mary POOVEY: *Making a Social Body: British cultural formation, 1830-1864*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, y Tom CROOK: «Schools for the moral training of the people: Public baths, liberalism and the promotion of cleanliness in Victorian Britain», *European Review of History*, 13 (2006), pp. 21-47.

<sup>45</sup> En este sentido, puede consultarse el cuadro tercero y observar las diferencias en relación con los lazos de parentesco informal.

<sup>46</sup> Pío BAROJA: *La lucha por la vida II. Mala hierba*, Madrid, 1905.

Lugares «de perversión» que encerraban fuertes conflictos y divergencias entre contrarios, entre conceptos que se oponían y contradecían entre sí, como por ejemplo la aparente indiferencia ante la falta de higiene personal, ante la mugre y la porquería, y la afirmación del deseo y la facilidad de acceso a cualquier tipo de relación sexual: «Algunos hombres buscaban a las mujeres en la semioscuridad y se oían sus gruñidos de placer. Una mujer, sucia y llena de harapos, por entre el astroso corpiño mostraba el pecho lacio y negruzco. Uno de los gitanillos se deslizó junto a ella y le agarró el pecho con la mano. Ella dejó al niño a un lado y se tendió en el suelo»<sup>47</sup>. El proceso de modernización de la sociedad urbana había conducido a una forma de vida colectiva diferente, a través de una profunda segregación y distanciamiento. Esa modernización adoptaba una dimensión múltiple y contradictoria, que sacaba a relucir lo que podía considerarse como una naturaleza maldita<sup>48</sup> a través de la focalización de males sociales en determinados lugares, con la pervivencia de otras personas y otros espacios donde no regía la «normativa civilizadora» (la Constitución, el Código Civil, el decoro y las normas de conducta), sino las leyes primigenias de la naturaleza.

Un tipo de noticias con cierto eco en la prensa de la época tuvo como protagonistas a los más jóvenes, a los niños y adolescentes que ejercían una violencia gratuita e indiscriminada por medio de bandas descontroladas, que simbolizaban el tribalismo arcaico de las barriadas marginales<sup>49</sup>. Eran generalmente disputas por el control del territorio entre pandillas de barrios enfrentados, como podían ser el Puente de Toledo y las Peñuelas, que se iniciaban con piedras y palos y podían derivar a reyertas de armas blancas. Este vandalismo se perpetuó en el tiempo y aparecía de forma intermitente («las pedreas horrorosas que hay todas las tardes en el barrio de las Peñuelas. En la del último domingo, el encarnizamiento fue

---

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> Tom CROOK: «Accommodating the outcast: common lodging houses and the limits of urban governance in Victorian and Edwardian London», *Urban History*, 35 (2008), pp. 414-436.

<sup>49</sup> Heather SHORE: *Artful Dodgers: Youth and crime in Early Nineteenth-Century London*, Londres, Boydell Press, 1999, e íd.: «Cross coves, buzzers and general sorts of prigs. Juvenile crime and the criminal «Underworld» in the Early Nineteenth Century», *British Journal of Criminology*, 39 (1999), pp. 10-24.

tal, que concluyó a tiros y produjo algunas víctimas»<sup>50</sup> y tuvo su eco particular en la literatura: «Vamos con los Piratas, que nos estarán esperando —dijo Vidal—. Nos llaman los piratas de una pedrea que tuvimos»<sup>51</sup>.

La mayoría respondían a la figura del *golfo* madrileño, cuyos perfiles fueron trazados por escritores como Baroja y sociólogos criminalistas como Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo<sup>52</sup>. Niños y adolescentes que deambulaban por las afueras de la ciudad sin oficio ni beneficio, aparentemente sin familia o alejados de ella, y «viven rotos y sucios, como el hombre primitivo. Sin casa fija, se recogen en los “hoteles del hampa”, en paradores y casas de dormir. Otros acuden a los refugios y asilos de noche, y los que llegan tarde se quedan en los tejares, en los montones de escombros caldeados por estiércoles, en cavernas, como verdaderos trogloditas, o bien dentro de la ciudad, en los ángulos de solares abandonados, en los pórticos y en los quicios de las puertas»<sup>53</sup>.

Eran unas prácticas perturbadoras del orden moral y legal que llegaron a ser utilizadas desde la prensa para criminalizar al espacio y hacer extensible un comportamiento delictivo al conjunto de habitantes de esa parte de la ciudad. Un ejemplo de ello fue el caso de José Sierra Molina, de catorce años, que en 1927 robó, junto a dos amigos, un paquete de un vagón de la estación ferroviaria de las Peñuelas. El robo fue visto por un mozo de estación y la Guardia Civil procedió a la detención de los presuntos delincuentes para conducirlos al Tribunal para menores<sup>54</sup>. José, alias *Pepito*, vivía con su familia en el número 30 de la calle Peñuelas. Sus padres se llamaban Matías y Valentina, tenían cincuenta y cinco y cuarenta y ocho años, respectivamente, y procedían del pueblo conquense de Buendía. Matías trabajaba como peón de albañil en diferentes obras de construcción y cobraba un jornal de ocho pesetas el día que trabajaba. *Pepito* era el cuarto de sus hijos. El mayor, de veintiséis años, trabajaba como ayudante de albañil por diez pesetas día-

<sup>50</sup> *La Iberia*, 6 de enero de 1874.

<sup>51</sup> Pío BAROJA: *La lucha por la vida II. Mala hierba...*

<sup>52</sup> Constancio BERNALDO DE QUIRÓS y José María LLANAS AGUILANIEDO: *La mala vida en Madrid...*

<sup>53</sup> A. MARSILLACH: *Los hoteles del hampa*, Barcelona, El Diluvio, 1899.

<sup>54</sup> *El Imparcial*, 25 de febrero de 1927.



Madrid.—Año LXI.—Núm. 20.942

**EL IMPARCIAL**

**DEL CARNET DEL REPORTERO**

**Los niños de las Peñuelas**

**¡Cosas de arte!**

¡Que diablitos son los niños de las Peñuelas! Hay que ver con qué ligereza realizan actos delictivos, como el que nos ocupa, usando, naturalmente, de la absoluta libertad en que los dejan sus padres o tutores.

En la boca del túnel de las Peñuelas se congregaron tres chiquillos, dos de trece y catorce años, llamados, respectivamente Mariano Delgado Plaza, «el Mendrugero», que vive en la calle de Ercilla, número 33, y José Sierra Molina, domiciliado en la calle de las Peñuelas, 50, y el tercero, ya zángano, de dieciséis años, llamado Luis Alonso Bartolomé, también vecino de la calle de las Peñuelas, número 21.

—Vamos a meterla mano a ese vagón?—propuso a sus compañeros el Mendrugero.

Y con el asenso de sus compañeros, «el Mendrugero», que se han alzado el más niño, sobre tener las iniciativas es el más entendido desveló al resto:



—Tuerito, dale prisa, que yo creo que todos estos letreritos los han puesto por nosotros y debemos darles gusto.

Noticia del hurto cometido por José Sierra y sus compinches (1927). En la imagen puede apreciarse el efecto globalizador del titular. Junto a la noticia aparece la caricatura de unos ladrones sin relación directa con ninguna información, pero con un evidente efecto «contagio».

Fuente: *El Imparcial*, 1927.

rias, y el segundo, de veintiún años, lo hacía en un almacén de carbón por seis pesetas<sup>55</sup>. La familia, de diez miembros en total, vivía en un bajo que contaba sólo con cocina y tres dormitorios. Una situación asfixiante que empujaba a los niños a pasar la mayor parte de su tiempo en la calle. En esas condiciones, no resultaba sencillo controlar a un adolescente por las tardes, ni saber con quién se juntaba ni qué hacía.

El simple hurto cometido por tres niños llegó a la prensa y los titulares sirvieron para criminalizar al resto del vecindario. Se identificó a los «niños de las Peñuelas» como delincuentes en potencia. Ser de allí actuaba como prueba acusatoria. Tres años después de

<sup>55</sup> AVM, PM de 1930.

aquel incidente, el señor Matías parecía en cambio empeñado en que su hijo no fuera un delincuente y *Pepito* declaraba en el padrón ser «peón de albañil con su padre» por ocho pesetas.

En este sentido, resulta de enorme interés contrastar las noticias aparecidas en la prensa con las causas judiciales del Fondo de Justicia del Ministerio de la Gobernación, tramitadas por los Juzgados de Primera Instancia e Instrucción de Madrid. Los informes de los inspectores de vigilancia y las declaraciones de víctimas, verdugos, familiares y otros testigos presenciales de los actos delictivos aportan datos especialmente relevantes sobre formas de vida cotidiana y de mentalidad ocultas en cualquier otra fuente histórica y poseen una valía enorme para aproximarse a la realidad delictiva de los barrios.

Una primera valoración de los delitos cometidos en la ciudad a partir de los expedientes judiciales sería que los delitos cometidos en los barrios del sur no presentarían grandes diferencias con los cometidos en el centro de la ciudad, símbolo de la modernización de Madrid en torno a la construcción de la Gran Vía<sup>56</sup>. Los delitos que atentaban contra la propiedad (hurtos y robos a viviendas y negocios) fueron los que experimentaron un crecimiento más acusado en ambos casos durante el primer tercio del siglo xx. En conexión con los hurtos destacan las estafas y engaños, muy comunes en las vías públicas más transitadas y en las estaciones de ferrocarril. Por tanto, tenemos una fuente documental que nos habla de los delitos cometidos y juzgados en diferentes partes de la ciudad y que no establecería significativas diferencias entre el centro y los barrios del sur, los cuales, sin embargo, eran expuestos desde los medios de comunicación como los barrios de la inmoralidad, la perversión y el crimen.

---

<sup>56</sup> El análisis comparativo se ha realizado entre los expedientes judiciales pertenecientes al Ensanche Sur y los de la zona centro, investigación a cargo de Santiago de Miguel. SANTIAGO DE MIGUEL: *Madrid, los retos de la modernidad. Transformación urbana y cambio social (1860-1931)*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2015.

## Conclusiones

En la segunda mitad del siglo XIX surgió el concepto «bajos fondos» en el sentido moderno del término y fue durante el periodo de la Restauración cuando se produjo la emergencia y definitiva cristalización de ese moderno imaginario en la capital española. El surgimiento de ese imaginario fue un reflejo del terremoto por el que estaban atravesando las sociedades occidentales durante esas décadas, con la aparición de nuevas realidades antes las cuales surgió la imperiosa necesidad de definir las con nuevas palabras, como fueron los términos de *underworld*, *slums*, *bas-fonds* o *bajos fondos*, distintos a los tradicionales barrios bajos del casco antiguo que, en el caso de Madrid, habían adoptado un tono popular y castizo, de manolos, chulapos y chisperos. Sin embargo, el desarrollo de un proceso de segregación socioespacial similar al de las grandes capitales europeas (la enorme ampliación del cuerpo urbano, la aparición de suburbios marginales, la especialización económica del suelo, el desarrollo de los transportes metropolitanos, la formación de barrios con un marcado sesgo profesional) explica que también Madrid se comportara de un modo similar a la hora de señalar su lado marginal y negativo, el rostro que debía permanecer oculto para no manchar la modernización alcanzada. Una modernización que no sólo implicó una profunda transformación en la vida cotidiana de los grupos sociales, sino también una alteración en las formas de imaginarse, representarse e identificarse, especialmente en todo lo relacionado con los márgenes de la sociedad.

Los modernos bajos fondos se constituyeron esencialmente como una construcción cultural, como una representación donde se entremezclaron miles de imágenes y referencias procedentes de la literatura, las encuestas sociales, la higiene pública, los medios de comunicación, o elementos de la cultura popular como la canción o el cine. En ellos confluyeron los temores y los deseos, los miedos y los anhelos de la sociedad liberal.

Los bajos fondos se erigieron como constructo de una especie de modernización deformada, a través de una serie de dispositivos utilizados para estigmatizar y criminalizar, para definir su naturaleza peligrosa y generar su rechazo. Entre los numerosos elementos que deben tenerse en cuenta, en este trabajo se han analizado

tres fundamentales: el espacio en sí mismo, descrito desde múltiples ópticas; la búsqueda de personajes arquetipo que fueran los más representativos de la marginalidad de la zona, como los traperos, los mendigos o los delincuentes; y, las prácticas sociales de aquellas personas, su modelo de comportamiento y su grado de alejamiento y violación de la norma seguida por el resto de la sociedad. Se transmitía así la idea de una especie de contra-sociedad, de un mundo opuesto, en negativo, al que elaboraba esas mismas ideas y representaciones y que en muchas ocasiones distorsionaba gravemente la realidad del espacio descrito. De esa forma, el Ensanche Sur madrileño, como bajos fondos, representaba los miedos de la propia sociedad y se mostraba como un elemento consustancial del proceso de modernización que experimentó la capital española antes del estallido de la Guerra Civil.